



La estrategia del apaciguamiento

(Publicado en *Expansión*, el 11 de mayo de 2005)

Ignacio Cosidó

En letra impresa nº 381

11 de mayo de 2005

Los nuevos tiempos que nos anunciaron Zapatero e Ibarretxe tras su último encuentro en La Moncloa parecen también tiempos de oscuridad. Pero a pesar de la censura informativa, parece bastante obvio que ambos se han conjurado secretamente en una maniobra de apaciguamiento que permita a ETA abandonar las armas a cambio de obtener determinadas concesiones políticas. Hay quien considera que Zapatero pretende así pasar a la historia como el hombre que logró el final de ETA. Mi impresión es que Zapatero tiene por el momento pocas ganas de pasar a la historia y muchas de obtener una mayoría absoluta en las próximas elecciones. Un pacto con ETA es, por el momento, la principal apuesta electoral del PSOE para lograrlo.

El incentivo para que Ibarretxe se embarque en la operación es doble. Por un lado, el presidente del Gobierno puede haber asegurado al Lehendakari su investidura. Si ese compromiso existe, que creo que sí y lo veremos pronto, la decisión del Zapatero deja a Patxi López a los pies de los caballos, ya que se supone que el líder de los socialistas vascos está negociando en estos momentos convertirse también en Lehendakari. Pero además, toda concesión que ZP esté dispuesto otorgar a ETA podrá ser vendida por el PNV como un triunfo propio. Para un Ibarretxe debilitado tras el descenso electoral de su partido, Zapatero le ha dado, como es su costumbre, más de lo que podría pedir. La única condición es que durante un tiempo prudencial no hable más de su Plan, o lo que es lo

mismo, que renuncie a las formas aunque mantenga el fondo de su proyecto.

Zapatero se ha apropiado ya, sin ningún pudor, de los últimos dos años sin asesinatos de ETA. Esa ausencia de violencia sería consecuencia del periodo de distensión que ahora se abre, no de la perseverante lucha que mantuvo Aznar durante sus ocho años de gobierno, una presión que condujo a ETA al borde mismo de la derrota policial. El cálculo de ZP es que en esta situación de debilidad extrema, los terroristas deberían estar mucho más predispuestos a abandonar las armas exigiendo un precio menor. Sin embargo, en las últimas ofertas de negociación ofrecidas por los terroristas, el nivel de exigencia política no se rebaja un ápice de la vía alternativa KAS: soberanía e inclusión de Navarra y País Vasco francés.

El dilema actual es si la innegable debilidad, aislamiento y desafección que tiene hoy ETA debe ser aprovechada por los demócratas para lograr una derrota definitiva del terrorismo o para abrir un proceso negociador. Aznar apostó claramente por la derrota, y nos dejó muy cerca de lograr el objetivo. El problema de Zapatero es que no puede esperar. Necesita una tregua antes de las elecciones y necesita además que el éxito de acabar con ETA se apunte en exclusiva en el haber de sus dos años de Gobierno y no en los ocho del Partido Popular. El riesgo es que por intentar tomar un atajo nos vuelva a conducir al precipicio.

El proceso abierto tiene una gran opacidad. Con casi mil víctimas asesinadas y tras ocho años de guerra total de Aznar contra ETA, la sociedad española no está

aún por abrir una incierta negociación con los terroristas y menos aún por pagar determinados precios políticos. Las víctimas del terrorismo, a las que Aznar situó como un potente referente moral en la lucha contra el terrorismo, son de hecho el principal escollo para esta estrategia de apaciguamiento. Un problema que la gestión de Peces Barba como Alto Comisionado para las Víctimas no solo no ha solventado sino que ha encrespado.

La clave está por tanto en disociar dos procesos, uno político y otro de paz, haciendo como si las concesiones políticas que se van a pagar no se pagaran a ETA. Este burdo enredo lo propuso Otegui en su famoso mitin de Anoeta. Según el guión, el proceso político tendría como objetivo para esta Legislatura un nuevo Estatuto que incluyera no solo la parte sustancial del Plan Ibarretxe, sino también algunas de las demandas de ETA, pero que fuera consensuado entre todas las fuerzas políticas, salvo el PP. Este acuerdo se alcanzaría a través de un diálogo entre todos, sin más exclusiones que los que se autoexcluyan. En la práctica lo que se pretende es incluir a ETA y excluir al PP.

El segundo objetivo sería constituir una alianza nacional-socialista en el País Vasco similar al tripartido que gobierna en Cataluña. Con una Batasuna normalizada, la fractura vasca entre nacionalistas y constitucionalistas sería sustituida por una confrontación de nacionalistas de izquierda contra nacionalistas de derecha, con el PP autoexcluido del juego político por negarse a asumir el credo nacionalista. La alternativa al PNV se construiría así desde el radicalismo de

izquierdas, no desde el constitucionalismo.

Por su parte, la negociación con ETA tendría dos fases. En la primera, se acordaría secretamente e incluso implícitamente un cese de la actividad terrorista, pero sin declaración formal de tregua o de fin de la violencia. ETA trataría así de contribuir al proceso político anterior absteniéndose de matar durante un tiempo, lo que de hecho le conviene dadas las enormes dificultades operativas y logísticas por las que atraviesa.

En el caso de que el proceso político avance de forma satisfactoria para los terroristas, ETA se plantearía el anuncio de un cese indefinido de sus acciones, aunque quedaría como garante del proceso hasta tanto este se hubiera culminado. En ese momento, Zapatero autorizaría conversaciones directas con la banda a fin de abordar la cuestión de los presos y otros ajustes técnicos. Ese sería también el momento para que el presi-

dente convocara unas elecciones generales que le permitieran rentabilizar al máximo su éxito.

Más allá del rechazo moral que genera la predisposición a pagar un precio político por la paz y de la afrenta que suponen las previsibles concesiones a ETA para las víctimas del terrorismo, el camino ahora iniciado solo puede conducir al fracaso. En última instancia, ni Zapatero ni ningún otro presidente del Gobierno de España podrán pagar a ETA el precio político que ésta pretende cobrar por abandonar las armas. Por mucha que sea la capacidad de manipulación de la que dispone el Gobierno, hay concesiones que simplemente no pueden ser asumidas por la mayoría de la sociedad española. El problema es que entonces ETA será infinitamente más fuerte de lo que era cuando Zapatero decidió iniciar este proceso. Entonces sí, Zapatero pasará a la historia como el presidente que vendió la democracia española por un puñado de votos.